OVERWATCH®

BASTET

UN RELATO CORTO DE MICHAEL CHU

RELATO CORTO
MICHAEL CHU

ILUSTRACIONES
ARNOLD TSANG

ARTE ADICIONAL
BENGAL

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
BENJAMIN SCANLON

Después de varios días al acecho, el objetivo de Ana había aparecido en uno de los antiguos y opulentos palacios de El Cairo. Abdul Hakim era un rey por derecho propio, un rey que estaba empleando su poder y su influencia para absorber la vida de la ciudad y hacerse muy rico en el proceso. No obstante, antes de que Ana tuviera la ocasión de capturarlo, apareció el primer fantasma: Jack Morrison. A pesar de que iba enmascarado y había adoptado la identidad de un justiciero —Soldado: 76—, lo reconoció de inmediato.

El mundo creía que Morrison estaba muerto, que había sido asesinado cuando destruyeron la base de Overwatch en Suiza, pero Ana no estaba tan segura. Jack había evitado la muerte, pero ahora lo seguía un espectro... *Reaper...* Era un asesino vestido completamente de negro y con la cara oculta tras una máscara con una calavera blanca.

El asesino, Reaper, se había encarado con Jack, y Ana había intervenido para ayudarlo. Tras derrotar a Reaper, lo había inmovilizado contra el suelo. Sin embargo, cuando le quitó aquella macabra máscara y descubrió los vestigios de la cara que ocultaba, reconoció a Gabriel Reyes, un amigo y camarada al que conocía desde hacía tanto tiempo como a Jack. Entonces, Gabriel demostró ser un verdadero fantasma al desvanecerse de repente, como un susurro en el viento.

Ana reparó en ese momento en que Gabriel y Jack, dos hombres que eran como hermanos para ella, no estaban muertos.

«Ellos estarán pensando lo mismo de mí», se dijo.

Respiró profundamente y examinó sus alrededores. Las paredes tenían marcas de balas, las baldosas del suelo estaban

ANA REPARÓ EN ESE MOMENTO EN QUE GABRIEL Y JACK, DOS HOMBRES QUE ERAN COMO HERMANOS PARA ELLA, NO ESTABAN MUERTOS.

agrietadas y los cadáveres de los guardias de seguridad del palacete —los matones que usaba Hakim en sus operaciones ilegales— estaban desperdigados como juguetes por todas partes. En el centro del patio se encontraba Jack, inmutable.

—Ya están todos —dijo mientras registraba las pertenencias de uno de los mercenarios fallecidos.

Un guardia que se encontraba en el suelo entre ellos emitió un gemido. Con un movimiento rápido, Ana desenfundó la pistola y le disparó un dardo sedante al cuello.

—Te faltaba uno —señaló Ana.

Jack se encogió de hombros con gesto de buen chico.

—Yo también me alegro de volver a verte, Ana.

Ana activó el visor de objetivos bajo su capucha, pero la pantalla de visualización no respondió. Volvió a levantárselo de la cara, contrariada.

—¿Tienes alguna idea de dónde se ha metido?

Jack activó su visor y examinó la zona.

—No hay ni rastro.

«Ya me preocuparé más tarde de eso».

—Eso no tiene buena pinta —dijo Ana.

Jack había recibido un disparo justo bajo el enorme «76» que lucía en su chaqueta. Al fijarse con más atención, se dio cuenta de que le habían destrozado la chaqueta y la piel de un escopetazo. A esa distancia, debería haber muerto, pero su amigo disponía de ciertas ventajas: sus heridas podían curarse solas; una secuela de su pasado como sujeto de pruebas y soldado mejorado de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Ya empezaban a verse los tonos rosáceos de la nueva piel que se estaba regenerando por los bordes, pero no del todo. En las zonas más afectadas, la carne se había necrosado.

—Me pondré bien —gruñó Jack—. Simplemente nos llevará algún tiempo.

«Nos», se dijo Ana. Jack se estaba haciendo muy rápido a la idea de que su colega seguía con vida.

«¿O es que ya lo sabía?».

El sonido de unas sirenas cada vez más cercanas interrumpió sus cavilaciones.

—Tenemos que marcharnos. Parece que alguien ha notado nuestra presencia.

Jack asintió.

—Te sigo.

Una hora después, Ana y Jack, agazapados en las sombras, veían pasar zumbando los aerotaxis y a un par de civiles montados en camellos robóticos. Más arriba, esquifes y drones de vigilancia surcaban el cielo: los primeros llevaban a la clase acomodada de la ciudad a sus citas vespertinas, mientras que los segundos habían sido movilizados tras al tiroteo que se había producido en el palacio de Hakim.

Ana recorrió los estrechos callejones en busca de rutas a través del laberíntico entramado de calles y senderos sin perder de vista las patrullas que volaban dando vueltas como halcones. Por una vez en su vida, agradecía la caótica infraestructura de la ciudad, aún en plena recuperación una década después de la intervención de Overwatch. El estado de su país natal era uno de los motivos que la habían llevado de vuelta hasta allí. Se sentía responsable del legado que había dejado Overwatch, aunque no hubiera sido culpa suya.

SE SENTÍA RESPONSABLE DEL LEGADO QUE HABÍA DEJADO OVERWATCH, AUNQUE NO HUBIERA SIDO CULPA SUYA.

A la sombra de una de las gigantescas torres de refrigeración en ruinas, el calor del agobiante sol vespertino se hacía algo más soportable. A Ana no le molestaba, pero Jack parecía estar sufriendo. Sus mejoras genéticas tendrían que haberlo ayudado a aclimatarse a condiciones distintas, pero también tendrían que haber detenido la sangre que se estaba filtrando a través de la camisa que se había amarrado alrededor del abdomen a modo de vendaje.

—Tienes que cuidarte mejor —lo reprendió.

—Hablas igual que Angela —gruñó Jack.

Ana esperó a que un coche de policía pasara pitando con las luces de emergencia encendidas y luego le hizo una señal para avanzar.

—¿Crees que nos están buscando? —preguntó Jack mientras se secaba el sudor de la frente.

—Es lo más probable —respondió Ana mientras entornaba la vista hacia la silueta del coche que se alejaba—, pero aquí hay mucha criminalidad. La policía tiene mucho trabajo.

«Otro fruto de nuestro legado».

Jack se había quedado unos pasos atrás, apoyado contra uno de los muros.

—Me recuerda a Praga.

—No pienso cargar contigo esta vez —dijo Ana—. Venga, Jack. Sígueme.

Mientras salía de entre las sombras y cruzaba la calle, pudo sentir toda la fuerza del sol sobre su cabeza y el calor condensado en los adoquines a su espalda.

Una vez de vuelta en las sombras, prosiguió:

—Lo de Praga fue culpa tuya. No me cabe en la cabeza cómo es posible que llegaras a pensar que Reinhardt podría ser sigiloso.

Esperó a que Jack se defendiera. Al ver que no lo hacía, se dio la vuelta. Se había desplomado sobre los adoquines en plena calle.

«Ahora no», pensó mientras corría hacia él. Intentó levantarlo.

—Despierta, Jack.

No obtuvo respuesta. Se echó el brazo de Jack por encima del hombro y lo levantó para llevárselo por el callejón.

Jack despertó lentamente. Aquello no era lo normal. Incluso antes del ejército, siempre había sido de sueño ligero y se despertaba de golpe al menor ruido. A medida que se incorporaba, sus ojos fueron adaptándose a la luz tenue de la habitación. Se encontraba sobre un viejo catre excedente del ejército con una sábana deshilachada. Le dolía una barbaridad el costado.

—Al fin —dijo Ana mientras se acercaba, sigilosa como un gato acechante—. ¿Quieres té?

—Prefiero *whisky*, si tienes.

Ana puso los ojos en blanco.

—Sí, Jack, siempre tengo guardada una botella por si te presentas por aquí.

—Me vale un té —respondió el otro con tono comedido.

Ana estiró los hombros.

—¿Sabes que he tenido que cargar contigo hasta aquí?

—No es la primera vez que me disparan, pero nunca me había dolido tanto.

Jack dobló el torso con gesto de dolor para poder examinar la herida. Los tres grandes tajos que tenía en la espalda y los costados estaban cosidos con hilo negro.

—Esa herida no pinta nada bien. Creo que tenemos que llevarte a que te vea un médico.

Ana se acercó a una mesa baja con una cocina de inducción y colocó una bonita tetera dorada sobre una de las dos placas.

—No creo que un médico sepa qué hacer con esto —apuntó Jack con cara de pocos amigos.

«NO ES LA PRIMERA VEZ QUE ME DISPARAN, PERO NUNCA ME HABÍA DOLIDO TANTO».

«CUANDO DESPERTÉ, NO RECORDABA QUIÉN ERA».

—La doctora Ziegler no está muy lejos —sugirió Ana—, pero no pienso cargar contigo.

—Déjate de médicos —dijo Jack—. Y menos si se trata de Angela.

«¿Cómo íbamos a explicárselo siquiera? No creo que quisiera ni ver a dos fantasmas errantes como nosotros».

—He intentado coserte yo —dijo Ana con tono de disculpa—. Nunca se me ha dado bien la cirugía de campo. Nunca me hizo falta.

Jack se pasó un dedo por los toscos puntos.

—Parece que lo haya hecho un carnicero.

—Bueno, si lo prefieres, puedes empezar a cuidarte tú solo a partir de ahora.

—Es que no llego bien —dijo Jack con vergüenza.

—Pues no te quejes —Ana hizo una pausa—. ¿Y no debería estar curándose sola?

Jack asintió.

—Debería. Es posible que hubieran tratado las balas con un agente biológico.

—¿Seguro que no quieres que te vea la doctora Ziegler?

—Tendríamos que explicarle que no estamos muertos —argumentó Jack.

—Se le dan bien los milagros. Seguro que ya está acostumbrada a cosas así —dijo Ana entre risas.

—Olvídate de Angela —repuso Jack para rematar la conversación.

Examinó la casa de Ana. Casa, por llamarla de alguna manera. Era una mezcla de equipamiento táctico, excedentes del ejército, dispositivos de vigilancia y algún que otro toque de leve domesticidad. Más que un apartamento, parecía un yacimiento arqueológico: estaba compuesto por antiguos aposentos de piedra con vetustas columnas del mismo material y sus paredes estaban llenas de jeroglíficos —aunque algunos, más recientes, parecían ser obra de algún vándalo—. Sobre una mesa baja, Ana había dispuesto una serie de objetos antiguos muy bien conservados: un frasco con una tapa en forma de cabeza de carnero hecha con una piedra de tono pálido y blanquecino, una máscara negra y dorada con el semblante de una feroz diosa felina, un jarrón descascarillado de arcilla marrón rojiza y una figurita verde y brillante de un halcón.

Jack se fijó con más detalle en las antigüedades.

—Este sitio me recuerda a un museo de Nueva York al que me llevó mi madre cuando yo era un niño.

Fue una de las cosas que más le gustaron de la visita a la ciudad: corretear por las ruinas de un antiguo templo egipcio transportado hasta allí. Ese recuerdo lo hacía sonreír.

Ana le ofreció una taza azul con cuadros rojos.

—Es una necrópolis; una ciudad de los muertos.

—Qué apropiado —dijo Jack con una risita. Señaló los objetos de la mesa—. ¿Qué son estas cosas?

—Las encontré cuando me mudé aquí. No me parecía bien tirarlas. Estas reliquias han sobrevivido miles de años. Aquí han caído imperios y han surgido otros, pero ellas siguen aquí. Sentí que debía ocuparme de ellas antes de enviárselas al doctor Faisal.

Jack sopló el té con delicadeza para enfriarlo.

—¿Has estado aquí todo este tiempo?

—Desde que dejé el hospital de Polonia.

Ana miró cómo sorbía el té. La amargura de la bebida hizo que Jack arrugase el rostro.

—¿Tienes azúcar?

Ana lo ignoró.

—Cuando desperté, no recordaba quién era. No tenía ningún nombre que darles, así que me llamaron «Janina Kowalska», como fulanita de tal. Me pasé meses en aquella habitación de hospital, dolorida y confundida. La doctora Lee me dijo que había tenido suerte. Bueno, toda la suerte que se puede tener cuando llevas varios trozos de vidrio y metralla incrustados en el cráneo.

Todavía sentía el dolor en el ojo al recordar la experiencia.

—Tratamos de encontrarte —dijo Jack con tono grave—. Utilicé todos los recursos que tenía a mi disposición. Gabe hasta puso a McCree manos a la obra, pero no encontramos ni rastro. Todo el mundo intentó convencerme de que estabas muerta y yo estaba siendo irracional...; pero, en el fondo, yo sabía que no podía ser.

«Y llevaba razón», pensó.

—La doctora Lee me mantuvo en la clandestinidad. La convencí de que me buscaba gente peligrosa.

—¿Te parezco peligroso? —preguntó Jack con cara de inocencia.

—Tú eres un cacho de pan, Jack —contestó Ana entre risas—. Al final conseguí reconstruir los hechos, aunque no tengo claro cuánto de ello es real y cuánto es fruto de mis propias conjeturas. Recuerdo la misión: un francotirador enemigo nos tenía arrinconados y yo intentaba sacarlo de su posición. Recuerdo preparar el disparo... Sin embargo, parecía haber algún motivo que me impedía evocar lo que ocurrió a continuación...

Jack clavó la mirada en el fondo de la taza.

—Y es que reconocí al francotirador —dijo Ana mientras le lanzaba una mirada escrutadora—. Ya lo sabes.

—¿Amélie? —dijo Jack—. Sí.

Había averiguado eso y muchas otras cosas con el paso de los años, pero no dijo nada.

—Pobre Gérard —añadió Ana con un suspiro.

Los dos permanecieron en silencio unos instantes mientras el vapor que emanaba con indolencia de sus tazas se disipaba en el ambiente polvoriento de aquella vieja estancia.

—¿Por qué estás aquí, Jack? —preguntó Ana al fin.

—Nunca me perdoné haberte dejado atrás. Me hablaron de una cazarrecompensas en El Cairo y tenía la esperanza de que...

Dejó la taza.

—Nunca se te dio bien pasar página —lo reprendió Ana—. Pecas de testarudo.

—Gabriel está en algún sitio y Talon se está haciendo cada vez más poderosa. Hay que detenerlos. Todo lo que hemos sufrido, todo lo que tú has sufrido, no puede ser en vano. Voy a acabar con ellos, uno por uno.

Las vehementes palabras de Jack retumbaron en las paredes de piedra. Tenía los puños apretados; los relajó lentamente.

—Pero no puedo hacerlo yo solo: necesito tu ayuda.

«NUNCA ME PERDONÉ HABERTE DEJADO ATRÁS».

Ana se cruzó de brazos.

—Apenas te tienes en pie. Te desplomaste en medio de la calle. Lo único que tienes que hacer es recuperarte.

—No lo dejes estar. No hagas como los demás. Desmantelaron todo lo que nos había costado una vida entera construir y luego nos tildaron de villanos.

—No todos somos como tú, Jack —dijo Ana—. Algunos podemos seguir adelante.

—Esto es seguir adelante —respondió Jack con un gruñido.

—Estás alterado —contestó Ana—. No piensas con claridad. Descansa un poco, y ya hablaremos después.

—¿Después? —Los ojos de Jack volaron a la taza y luego a Ana—. ¿Me has...?

Se desplomó sobre el catre.

Ana esperó a que Jack estuviera bien dormido para subirle las piernas a la cama, meterle una almohada bajo la cabeza y cubrirlo con la áspera sábana. Tenía cicatrices que no reconocía y más entradas, y su cabellera se había tornado de un blanco plateado. Mientras dormía, el Soldado: 76 se desvaneció, y Ana percibió el regreso del Jack al que recordaba.

Cogió la taza vacía y lo dejó descansar.

Ana volvió al oscuro complejo con sus cosas en un saco de tela cargado al hombro. Con las luces apagadas, el lugar se asemejaba a una tumba más que nunca. Recorrió el pasillo de la entrada hasta la habitación principal y se encontró a Jack, descamisado y haciendo flexiones de un solo brazo con los dientes apretados por el esfuerzo. Se había quitado el vendaje y lo había dejado sobre el catre. Ana pudo ver los tonos rojos y negros por la inflamación de la piel lastimada, que ella misma había cosido lo mejor que había sabido.

—Se te van a abrir los puntos —señaló.

—No podía dormir —replicó Jack.

—Porque ya has dormido durante dos días —dijo ella—. ¿Tienes hambre?

—Mataría por una hamburguesa.

Ana lo miró con incredulidad.

—Pero no me voy a poner exigente —dijo Jack con esa sonrisa a la que solía recurrir cuando se metía en algún lío.

La verdad es que a veces se comportaba como un auténtico niño. Ana sacó del saco unos envases de papel con comida y los colocó sobre la mesa baja que tenía enfrente. Los deliciosos aromas se esparcieron por el aire. Había falafel con judías y unos panecillos recién horneados y rellenos de carne picada de cordero al vapor con cebolla.

—Al menos no lo he cocinado yo.

—Gracias a dios —exclamó Jack con una risita.

A su pesar, Ana también se rio.

Jack atacó la comida como alguien acostumbrado a tener que engullirla rápidamente. Ana probó un poco y luego comieron prácticamente en silencio. Al acabar, Jack se reclinó sobre la caja en la que estaba sentado y se puso cómodo para retomar su interrogatorio.

—¿Por qué no me dijiste que estabas viva? —preguntó.

—Dudo que lo entiendas —respondió Ana—. Gabriel lo haría, pero sois muy distintos en algunos aspectos.

Jack la miró con expresión inescrutable.

—¿Y Fareeha? Dejaste que pensara que estabas muerta.

—Eso fue lo más difícil —dijo Ana con un suspiro.

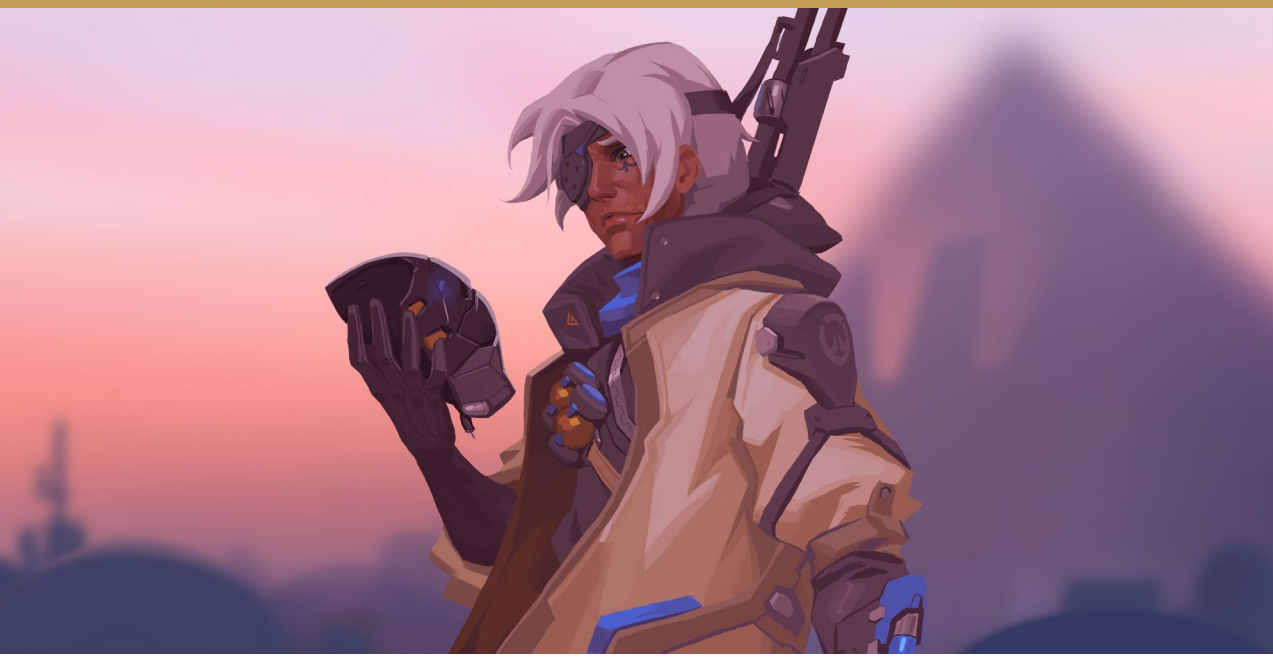
Se levantó y se dirigió a su escritorio, donde había una pequeña foto enmarcada en la que estaba con su hija a cuestas. Las dos tenían los brazos extendidos como si estuvieran volando.

—Fareeha habría esperado el regreso de la capitana Amari, pero ella ya no existía. Dejó de existir en el mismísimo momento en el que vacilé.

—No puedes sentirte culpable —dijo Jack en voz baja—. ¿Cómo ibas a saberlo?

—No seas condescendiente, Jack —repuso ella con brusquedad—. Claro que fue culpa mía. No tiene por qué afectarme durante el resto de mi vida, pero puedo aceptar esa realidad.

—A nosotros nos habría dado igual, Ana. Nos habría gustado que volvieras. Al final, resulta que no podíamos hacerlo sin ti —dijo



Jack mientras le tocaba el hombro con delicadeza—. Overwatch te necesitaba. Y ahora te necesito *yo*.

Ana percibió la desesperación en su rostro.

—Vengándote por lo que pasó no conseguirás nada, aparte de morir.

—Es posible, pero no puedo dejar de luchar. Todos los demás se rindieron, pero no yo.

«También me culpa a mí», se percató Ana.

—Eres un cabezón.

—Tú tampoco puedes dejar la lucha —comentó Jack—; si no, ¿por qué estabas en el palacio de Hakim?

—Intenté llevar una vida discreta, ¿sabes? Podría estar cerca de mi hija y vivir en paz. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba aquí, más difícil se me hacía evadirme del hecho de que somos responsables de lo que ocurrió con esta ciudad. Cancelamos el proyecto Anubis y Egipto aún no ha podido recuperarse.

Se levantó volviéndose hacia Jack.

—La vida de la gente es dura y hay parásitos como Hakim que se aprovechan de ellos. ¿Cómo podía ignorar eso cuando estaba en mi mano hacer algo?

—Eres una justiciera. Igual que yo —dijo Jack.

Ana entornó los ojos.

—La venganza no es justicia.

Jack alzó las manos en gesto conciliador.

—Nuestro objetivo es el mismo. ¿Por qué crees que Hakim se reunía con Gabriel? Está trabajando para Talon. La podredumbre de esta ciudad se está propagando y acabará por arruinar el mundo, como siempre.

—Hakim lidera una organización criminal que ha asfixiado El Cairo: la policía y el gobierno han hecho la vista gorda o han sido sobornados, la gente que necesita comida no la recibe y es casi imposible obtener asistencia sanitaria —repuso Ana—. Mírame a la cara y dime que te irías sin hacer nada.

—¡El Cairo y el mundo sufrirán hasta que acabemos con ellos! Tienes que ver el panorama completo —dijo Jack acaloradamente.

—¿Tú te estás escuchando? Antes nunca se te habría ocurrido argumentar eso —contestó Ana con desaprobación—. El fin no justifica los medios.

—Los tiempos cambian —sentenció Jack—. O vienes conmigo, o me voy solo. Ya he perdido bastante tiempo.

—No voy a ir contigo —respondió Ana.

Durante un instante eterno, Jack la observó en silencio.

—Un francotirador va siempre primero a por la mayor amenaza. Ese era tu trabajo.

Jack recogió su abrigo andrajoso.

—Pero si quieres perder el tiempo con delincuentes de poca monta, allá tú; yo tengo una guerra que ganar.

Salió hecho una furia.

LA DIOSA BASTET. UNA GUARDIANA.

Cuando se fue, Ana encendió su ordenador. Jack lo había estado usando antes, y la pantalla estaba llena de artículos sobre las apariciones y movimientos de Reaper. Se preguntó quién le habría estado proporcionando esta información a Jack, pero ese era un enigma para otro momento. Examinó los informes y recordó la cara destrozada que había visto bajo la máscara.

«Gabriel... ¿Qué te ha pasado?».

Uno de los artículos indicaba que las víctimas de uno de los ataques de Reaper habían sufrido el mismo tipo de lesiones que Jack.

«Ese maldito científico...», pensó Ana con aversión.

El resto de la información, más que ofrecer nuevos datos sobre Reaper, era un reflejo de los pensamientos de Jack. Estaba siguiendo una maraña compuesta por corporaciones, funcionarios del gobierno e instituciones financieras, todas ellas irremediablemente conectadas por arterias corruptas e intermediarios turbios. Se trataba del tipo de problema que nunca había sido el fuerte de Jack. Él prefería dos bandos, hechos concretos y una decisión clara e inequívoca.

Los asuntos enrevesados siempre fueron la especialidad de Gabriel.

«Aunque ya no tanto como antes».

Ana barajó sus opciones. Su corazón le decía que se quedara. Egipto estaba en pleno colapso. En pocos años más, era probable que se sumiese en el caos, destrozado por especuladores y criminales como Hakim. En el papel de la cazarrecompensas Alcaudón, se había dedicado a cambiar las cosas poco a poco. Si se marchaba, todo su trabajo habría sido en vano.

«Pero hay más gente, como Fareeha. No están indefensos, no tienes por qué ocuparte tú».

Una vez más, afloró su orgullo.

Volvió a echar un vistazo a los artículos sobre el justiciero Soldado: 76. Uno de ellos le llamó la atención: un robo en la última central de fusión de LumériCo. Se había producido un tiroteo en medio del mercado y hubo heridos graves además de daños materiales. Toda la culpa recayó sobre él, pero también estaba el testimonio de un testigo ocular, una chica de Dorado. A pesar de que el resto pensaba que Soldado: 76 era un criminal temible, ella lo llamó héroe.

«No tienes por qué ocuparte tú pero, a veces, la gente necesita alguien en quien creer».

Comprendió lo que tenía que hacer. Se acercó al expositor improvisado que contenía los tesoros que había hallado en la necrópolis al llegar. Se fijó en la cara felina de la vieja máscara. Era la diosa Bastet.

Una guardiana.

Jack atravesó la ciudad dormida. El fresco aire nocturno suponía un agradable respiro comparado con el calor del día. A esas horas de la noche, las calles estaban en silencio, a pesar de que se encontraba en el centro del casco urbano. Los puestos que vendían comida, piezas ómnicas reutilizadas o telas y textiles ya habían cerrado hacía rato. No se había impuesto ningún toque de queda, pero a los habitantes de la ciudad se les había recomendado que se quedaran en casa tras la puesta del sol por su propia seguridad. Tras su enfrentamiento con Reaper, para Jack la oscuridad era un pozo de sombras que ocultaba lo desconocido.

Llevaba ya un tiempo a la caza, recopilando información y siguiendo todas las pistas que hallaba. Había disfrutado de la ventaja de pasar desapercibido, pero las cosas habían cambiado. No cabía duda de que Talon y sus aliados sabían que iba a por ellos. Solo había disfrutado de una buena noche de descanso desde su llegada a El Cairo, la primera en mucho tiempo.

«No me puedo creer que me haya drogado», pensó.

Estaba intranquilo. Permanecer en un sitio demasiado tiempo era arriesgado, sobre todo ahora que Gabe lo estaría buscando. Tenía que seguir moviéndose.

La noche ya dejaba paso a la mañana, con la luna llena casi tocando el horizonte cuando Jack regresaba. Ana estaba sentada al ordenador cuando este entró.

—¿Has vuelto a por el resto de tus pertenencias? —dijo ella sin levantar la mirada.

—Te ayudaré a capturar a Hakim. Cuando lo hayamos hecho, iremos a por Reaper —le respondió su compañero tras acercarse.

—Tenemos que asegurar la ciudad —lo corrigió Ana—. Solo iré contigo cuando todo esté arreglado. No solo lo de Hakim; también sus seguidores. Debo tener la certeza de que los ciudadanos estarán a salvo.

Jack apretó la mandíbula mientras consideraba el ofrecimiento.

—Pues vayamos a su palacete y cojámoslo junto con sus hombres. Un golpe rápido, antes de que tengan tiempo para prepararse.

Ana negó con la cabeza.

—No debemos precipitarnos. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez?

—Habría salido bien si no se hubiera presentado Gabe —contestó Jack.

Ana arqueó una ceja. Jack suspiró.

—¿Cuál es el plan entonces? —preguntó.

—Empezamos por abajo y vamos subiendo —comenzó Ana—. Así iremos tejiendo la red en torno a Hakim, lo privaremos de sus recursos y lo obligaremos a abandonar su escondrijo. Tenemos que desenmascararlo. A él y a la gente que lo protege. ¿Entendido?

Jack suspiró con gesto de resignación.

—¿Sabes? Le dije a Gabe que eligieron a la persona equivocada como comandante.

—Ya, pero el guiño era para él, no para mí —replicó Ana.

—O tal vez para Reinhardt —dijo Jack con una sonrisita.

—Tampoco nos volvamos locos.

Desde el combate en su palacio, Hakim se había mostrado reticente a volver, así que, en su lugar, se movía entre los refugios que tenía en la ciudad. Jack había logrado ubicar un puñado de ellos e identificó el más propicio para sus planes. Alquiló un apartamento con vistas al lugar. Ana y él no se habían preocupado por las comodidades: la habitación solo tenía un par de sillas desvencijadas y una caja de madera. Se turnaban para dormir en un mismo saco. Pasados dos días, la tiradora había insistido en llevar un hornillo para hacer té.

Al cabo de una semana, ya habían eliminado a unos cuantos socios de Hakim. La idea era ir debilitando su organización y empezó a correr el rumor de que alguien había puesto los negocios de Hakim en el punto de mira. Quienquiera que fuera, según se decía, tenía como objetivo llevar a Hakim ante la justicia. No obstante, tras el entusiasmo inicial, la cosa se enfrió. Hakim pasó a una clandestinidad aún más impenetrable. Se volvió cauteloso. No cabía sino esperar.

El aburrimiento no suponía una gran molestia para Ana. Como buena francotiradora, la paciencia era uno de sus puntos fuertes,

y tener la libertad de moverse, echar siestas y hasta salir de vez en cuando hacía que todo fuera más llevadero. Jack, en cambio, estaba inquieto. Ana veía su forma de mirar por la ventana, con los ojos siempre clavados en el horizonte, y sabía que solo buscaba una cosa.

«Gabriel».

—¿Has encontrado algo? —preguntó Jack, alzando la vista.

Estaba reclinado sobre la silla de un modo que habría preocupado a un profesor en un colegio. Tenía algo en la mano.

—Ni rastro de Hakim. ¿Qué miras? —preguntó Ana.

—Ah, solo estaba rememorando viejos tiempos.

Le entregó un pequeño montón de fotografías. Estaban desgastadas y arrugadas, y resultaba evidente que lo habían acompañado durante bastante tiempo.

La primera era de ellos con Gabriel. Los tres tenían un aspecto joven y optimista, aunque Gabriel ya mostraba indicios del peso del liderazgo. Acababan de ganar una importante batalla en Río de Janeiro.

—Me acuerdo de la playa —dijo Ana, risueña—. ¡Qué pinta tan seria tenemos! ¡Qué gracia!

—¡Por eso es tan buena! —respondió Jack entre risas.

«Me alegra ver que aún es capaz de reírse».

Al pasar a la siguiente, estuvo a punto de que se le cayesen todas por la sorpresa. Nunca había visto aquella foto, pero la reconoció de inmediato. Jack parecía mucho más joven. Acababa de salir de un vehículo de transporte militar para iniciar un periodo de permiso. Pero era el otro protagonista de la foto quien le chocó: un hombre de cabello oscuro, con una camisa negra informal abotonada. Jack tenía el brazo sobre su hombro.

«Vincent».

—Vincent... Hacía años que no pensaba en él —dijo Ana—. ¿Aún tienes la esperanza de volver a verlo?

Jack negó con la cabeza.

—La verdad es que no.

—¿Nunca lo has visitado? Habrás sentido curiosidad. Con todo el potencial de vigilancia del mundo... Seguro que Gabe habría puesto a un agente de Blackwatch a vigilarlo si se lo hubieras pedido —dijo ella.

Jack la fulminó con la mirada.

—Vale. He metido el dedo en la llaga.

Jack se echó a reír.

—Se casó, y son muy felices. Me alegro por él.

Ana no estaba convencida. En los viejos tiempos, su amigo solía hablar a menudo de él y albergaba el deseo de que la guerra acabara pronto para, quizá, tener la ocasión de retomar una vida normal.

«Pero para la gente como nosotros, la recompensa nunca es una vida normal».

—Vincent se merecía una vida más feliz que la que yo podría haberle ofrecido —dijo Jack con un suspiro—. Ambos sabíamos que yo nunca sería capaz de darle mayor prioridad a nada que no fuera mi deber. Yo luchaba para proteger a las personas como él... Ese fue el sacrificio que tuve que hacer.

—No se nos dan demasiado bien las relaciones, ¿verdad? —dijo Ana mientras, sin darse cuenta, se pasaba el pulgar por donde antes llevaba el anillo.

—Al menos Gabe y tú lograsteis tener vuestras familias.

Ninguno de los dos dijo nada más.

«PERO PARA LA GENTE COMO NOSOTROS, LA RECOMPENSA NUNCA ES UNA VIDA NORMAL».

Ana miró por la ventana y reconoció la silueta de Hakim entrando en el bloque de apartamentos.

—Es él.

Le devolvió las fotos a Jack, quien se las metió con cuidado en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Lista? —preguntó Jack mientras se ponía la máscara y el visor de objetivos, recogiendo el rifle de pulsos pesado que había apoyado en la pared.

Ana cogió su propio rifle, algo más manejable que el de Jack, y se lo echó al hombro. Se enganchó unas cuantas granadas cegadoras en el cinturón y, a continuación, sacó el último objeto de su mochila: la máscara negra y dorada.

—¿Te has llevado eso? —preguntó Jack.

—Me has inspirado, Jack. Soldado: 76 es más que un justiciero. El mundo conoce ese nombre. Tus enemigos temen que los encuentres. No quiero que Hakim, Talon ni nadie más vuelva a sembrar el caos en El Cairo cuando me vaya. Hoy llevaré una nueva máscara. Y esta vez no será la de una cazadora, sino la de una protectora. El tipo de personaje que podré dejar aquí y que mantendrá a la gente a salvo... Bastet.

—Yo pensaba que mi máscara infundía miedo —dijo Jack con una sonrisa.

—Bastet da más miedo que una anciana.

—Ana, no hay nada que dé más miedo que una anciana —contestó Jack.

—Tú lo sabes bien.

Una semana después, estaban haciendo las maletas en la base de la necrópolis. Iban a dejar gran parte de las pertenencias de Ana allí, ya que solo se llevarían lo necesario para el viaje que les aguardaba. Hakim y su entramado de delincuentes habían caído. En las noticias habían empezado a hablar de los movimientos de una guardiana llamada Bastet, que había capturado a Hakim y había sacado a la luz la magnitud de sus crímenes. Hasta el gobierno se vio obligado a intervenir.

—¿Qué pasa con eso? —dijo Jack, señalando el estante sobre el que se encontraban todos los artefactos egipcios.

—Con lo que me costó cargar contigo, ¿ahora quieres que me lleve todo eso? —dijo Ana—. Están bien escondidos. Se quedarán aquí hasta que encuentre a alguien que pueda cuidar de ellos.

—¿Fareeha? —preguntó Jack—. ¿Has hablado con ella?

—Le... he dejado un mensaje —dijo Ana.

—¿Estás segura de que puedes dejar las cosas así? Puede que pase mucho tiempo hasta que puedas volver a verla.

«Si es que la veo».

Ana soltó un suspiro.

—No llegó a responder a mi primera carta.

Jack hizo una mueca.

—Ya cambiará de actitud. Te quiere. ¿Le has dicho algo a Sam?

—Lo haré, en su momento. Quizá —respondió Ana—. Ya puse su vida bastante patas arriba sin necesidad de darle la noticia. A ninguno de los dos se nos dan demasiado bien las despedidas, ¿verdad?

—Mejor que a Reinhardt desde luego. Tengo la sensación de que su vida no es más que un largo intento por evitar decir adiós.

—¿Cómo está? —preguntó Ana.

—Es una larga historia —dijo Jack—, aunque supongo que tenemos tiempo.

Ana asintió.

—Quiero dejar algo claro antes de que nos vayamos, Jack —dijo—. Voy a acompañarte, pero no estoy convencida para nada de que esto sea una buena idea. Talon, Overwatch, Gabriel... Tuve que olvidarme de todo. Era doloroso. —Hizo una pausa—. Cuando llegué por primera vez a la necrópolis, la mayoría de los artefactos que encontré estaban destrozados. Salvé cuantos pude, pero tuve que dejar el resto. Y eso es lo más importante, comandante.

—No me llames así —se quejó Jack—. Y vámonos, que tenemos que visitar a unos antiguos amigos.

Abandonaron la necrópolis sellando firmemente la entrada. Mucho tiempo después de que se hubieran marchado, las reliquias de aquellas civilizaciones ancestrales aún permanecían en la oscuridad de aquella sala polvorienta. En el centro de todas ellas yacía una máscara dorada con el semblante de una diosa. Su imagen perduraría en los corazones de los habitantes de El Cairo como un símbolo e inspiraría los temores de quienes quisieran hacerles daño: una máscara y un nombre.

BASTET

BLIZZARD®
ENTERTAINMENT

© 2019 Blizzard Entertainment, Inc.
Todas las marcas comerciales mencionadas son propiedad de sus respectivos dueños.